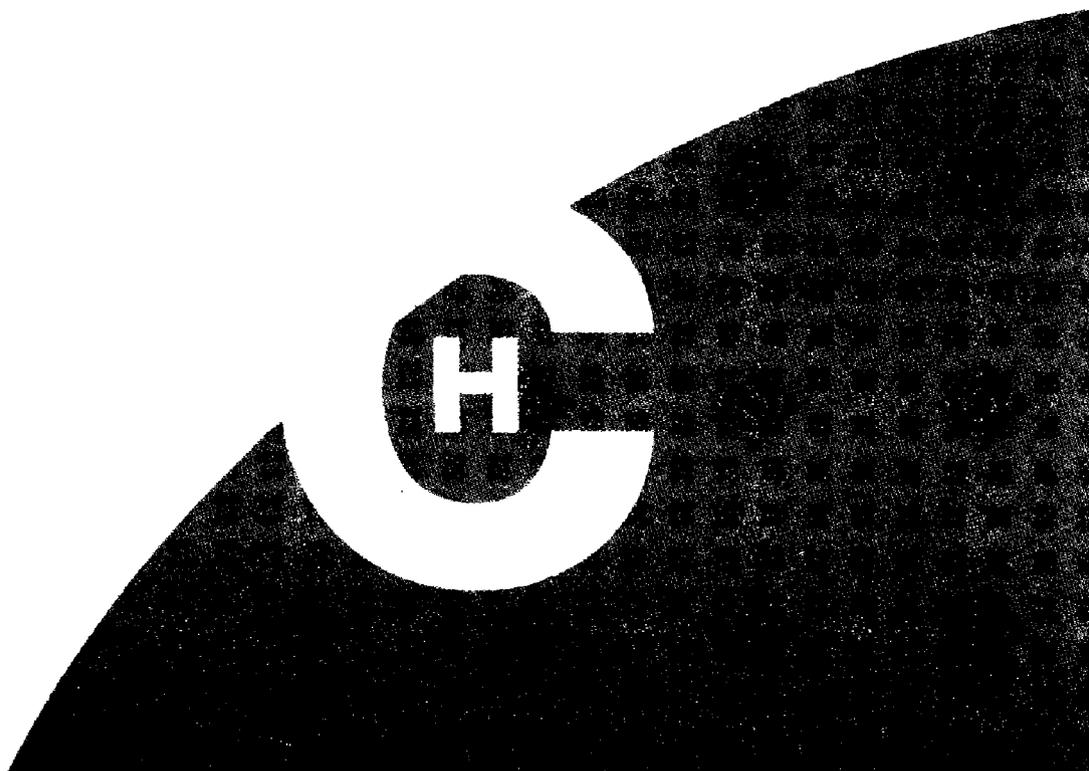


# Editorial

*Benjamín Prado*

Como no se le pueden dar órdenes a la biología y lo que no hacen ni la razón ni los bloqueos ni las invasiones sí que lo puede hacer el paso del tiempo, al fin parece que corren vientos de cambio en Cuba, aunque, por ahora, intentar saber hasta dónde podrán llegar o a qué velocidad van a ir parece mejor trabajo para un vidente que para un analista político.

Tal vez fuera ahora un buen momento para preguntarse qué les hubiera pasado sin Revolución y dictadura a los muchos escritores de toda edad, ideología y dirección estética que, tanto dentro como fuera de su país, han mantenido la literatura cubana entre las más admiradas de nuestra lengua, desde clásicos como Nicolás Guillén, José Lezama Lima o Alejo Carpentier a personalidades como Dulce María Loynaz, Virgilio Piñera o Guillermo Cabrera Infante hasta llegar, pasando por Reinaldo Arenas, Nancy Morejón, Raúl Rivero, Abilio Estévez o Roberto Fernández Retamar, a los más jóvenes: Reina María Rodríguez, Antonio José Ponte, Zoe Valdés, Sigfredo Ariel, Félix Lizárraga... ¿Habrían sido distintos sus libros? ¿Algunos de ellos, y otros que estarán en la mente de los lectores atentos, hubieran recibido tanta atención en otras circunstancias? ¿Hasta



dónde llega la calidad de su escritura y dónde empieza la simple propaganda? ¿Hay obras maestras guardadas en los cajones de quienes no podían publicarlas a causa de la censura? O, en el extremo contrario: ¿es posible pensar que ciertos hallazgos del estilo que ha multiplicado el valor de sus mejores obras provenga, paradójicamente, de las cortapisas que toda prohibición impone a la libertad?

Algunas de esas preguntas se plantearon en España durante los años de la dictadura y la transición, cuando una frase que hizo fortuna: "Contra Franco escribíamos mejor". Hubo quienes, aseguraron durante décadas tener escrita y guardada bajo siete llaves una novela extraordinaria cuya aparición entonces resultaba imposible, pero que en cuanto desapareciera el Funeralísimo, como lo llamaba siempre Rafael Alberti, iba a cambiar el rumbo de nuestras Letras. Lo cierto es que ocurrieron dos cosas: la primera, que murió Franco, se descompuso el franquismo y esas supuestas obras maestras nunca aparecieron. La segunda, que los grandes narradores y poetas de nuestra interminable posguerra que tuvieron que escribir salvando las mil limitaciones que les imponía la represión, llegaron a arreglárselas para conseguir algunos de los títulos que, aún hoy, son uno de los mejores comienzos posibles de casi todo lo que se ha hecho después. Como en el caso de Cuba, la lista es por fortuna larga, va de Carmen Laforet, Luis Martín Santos, Ana María Matute o Rafael Sánchez Ferlosio, a Blas de Otero, Jaime Gil de Biedma, José Ángel Valente, José Manuel Caballero Bonald, Juan Benet y el resto de los autores de la llamada Generación del 50, y de otros muchos que los siguieron.

La lección que podemos sacar de esa comparación, la de lo que pasó en la España de 1975 y lo que puede ocurrir muy pronto en Cuba, es que si por un lado los sistemas políticos autoritarios no pueden callar las voces que tengan realmente algo que decir, ni amplificar eternamente la importancia de sus intelectuales orgánicos, tampoco pueden servir de máscara a los vendedores de aire que suelen medrar tanto a la sombra como al sol de las dictaduras. Sin Revolución, los poemas de Lezama Lima o las novelas de Carpentier habrían sido probablemente distintos, pero con toda seguridad habrían sido igual de extraordinarios. En el otro extremo, va a ser sencillo ver en qué poco se quedan algunos discursos y recursos en cuanto a quienes los repiten desde hace tanto les quiten de las manos los altavoces que les dieron en La Habana o en Miami ©

